

A PROPÓSITO DE HALLOWEEN:

CALABAZAS, ESTUPIDEZ Y MISTIFICACIÓN FRENTE A CULTURA Y TRADICIÓN

Apocolocyntosis divi Claudii, que podría traducirse como “La calabacificación del divino Claudio” (“apocolocyntosis” es voz griega que viene a significar ‘conversión en calabaza de una cabeza humana’) es una sátira contra el cuarto emperador romano. Escrita, muy probablemente, por Lucio Anneo Séneca, es, junto con las sátiras de Luciano de Samósata, el único ejemplo de sátira menipea -al estilo del cínico Menipo de Gadara (349 – 250 a. de C.)- que ha llegado a nuestros días, y, además, el único ejemplo de este género en la literatura latina. Sin unanimidad, según unos críticos, el título de la obra estaría formado por las palabras ἀπὸ y κολοκύντη, que podrían indicar una transformación en calabaza, sin embargo, en ningún pasaje del texto conservado se hace alusión a un hecho de esta naturaleza. Para otros puede tratarse de un *sensus translatus* de la voz κολοκύντη vinculada con “estupidez”, y el título podría interpretarse como “la deificación de la estupidez”. Fuere como fuere, vemos que desde la tradición cultural grecorromana y gracias a Séneca, uno de tantos ingenios tan españoles como universales, las calabazas y la estupidez se vienen dando la mano, como cuando alguien gana la Ruperta en Un Dos Tres o saca una calabaza en un examen.

Por otro lado, desde la más temprana liturgia católica muchas festividades importantes tienen su víspera, cuyo simbolismo ha de buscarse en la “Liturgia de las Horas” y concretamente en las denominadas Laudes y Vísperas, evocadoras de los dos aspectos esenciales del misterio pascual: «*Por la tarde el Señor está en la cruz, por la mañana resucita... Por la tarde yo narro los sufrimientos que padeció en su muerte; por la mañana anuncio la vida de él, que resucita*» (San Agustín, Expositio in Psalmum XXVI).

Si, antiguamente, después de la puesta del sol, al encenderse los hogares, se producía un ambiente de alegría en las casas, es comprensible que esto pasara a la comunidad cristiana que, cuando prendía la lámpara al caer la tarde, invocaba con gratitud el don de la luz espiritual. Se trataba del «lucernario», es decir, el encendido ritual de la lámpara, cuya llama es símbolo de Cristo: Sol sin ocaso.

Inspirada en el simbolismo de la luz, la oración de Vísperas se ha desarrollado como sacrificio vespertino de alabanza y acción de gracias por el don de la luz física y espiritual y los demás dones de la creación y la redención. San Cipriano escribe: “*Al caer el sol y morir el día, se debe necesariamente orar de nuevo. En efecto, ya que Cristo es el sol verdadero, al ocaso del sol y del día de este mundo oramos y pedimos que venga de nuevo sobre nosotros la luz e invocamos la venida de Cristo, que nos traerá la gracia de la luz eterna*” (*De oratione dominica*, 35).

Sin embargo, poco hay que no pueda corromperse, degenerar y “calabacificarse” hasta extremos ridículos o devenir absurdos espantajos como el inminente “Halloween”, que etimológicamente, proviene del inglés antiguo “All hallow's eve” y significa ‘noche o víspera de todos los santos’, por referirse a la noche del 31 de octubre, víspera de la Fiesta de Todos los Santos.

Esta costumbre anglosajona fue difundida en el Nuevo Mundo por emigrantes irlandeses que la introdujeron en los Estados Unidos, donde ha llegado a ser una parte de su paupérrimo e importado folklore popular a la que se fueron sumando otras supersticiones y elementos paganos tomados de los diferentes grupos de inmigrantes hasta llegar a incluir la creencia en brujas, fantasmas, duendes, Drácula y paparruchas y monstruitos de toda especie. Y, desde los Estados Unidos, esto se ha propagado por todo el mundo gracias a las pantomimas hollywoodenses que tan fácilmente se asimilan por una sociedad que, como la actual, reniega de sus valores y desprecian su cultura, perdiendo

su radical sentido religioso para celebrar en su lugar la noche del terror, de las brujas, los fantasmas y toda una variopinta caterva de engendros más o menos monstruosos como anticuados príncipes valacos, las momias egipcias, el mito del licantropismo, y otras criaturas y espantajos de las novelas góticas y similares.

Así, el Halloween, lejos de aportar nada moderno, marca un retorno al antiguo paganismo por ser un rito original con los celtas, antiguos pobladores de Europa Oriental, Occidental y parte de Asia Menor, cuyos druidas, sacerdotes paganos adoradores de los árboles y creyentes en la herética metempsicosis; y sostenían que, si bien las almas se introducían en otro individuo al abandonar el cuerpo, el 31 de octubre volvían a su antiguo hogar a pedir comida a sus moradores, quienes estaban obligados a hacer provisión para ella.

Esto guarda, a su vez, coherencia con el calendario celta, porque el año céltico concluía en esta fecha que coincide con el otoño, cuya característica principal es la caída de las hojas. Para ellos significaba el fin de la muerte o iniciación de una nueva vida. Esta enseñanza se propagó a través de los años juntamente con la adoración a su dios el "señor de la muerte", o "Samagin", a quien en este mismo día invocaban para consultarle sobre el futuro, salud, prosperidad, muerte, entre otras cuestiones.

A estos mismos orígenes de superstición y barbarie puede remontarse la dichosa calabaza que ahora atiborra cualquier escaparate y establecimiento, sea como adorno o mercadería. Así, el hecho de que niños y no tan niños vayan de casa en casa niños se disfracen y vayan -con una vela introducida en una calabaza vaciada en la que se hacen incisiones para formar una calavera- berreando de casa en casa eso de "trick or treat" (broma o regalo), tiene su origen en otra antigua leyenda irlandesa que narra como la calabaza iluminada sería la cara de un tal Jack O'Lantern que, en la noche de Todos los Santos, invitó al diablo a beber en su casa, fingiéndose un buen cristiano. Como era un hombre disoluto, acabó en el infierno.

Esto da fundamento para no pocas consideraciones literarias ulteriores, porque, si reparamos adecuadamente, de dicho sacrilego convite irlandés a la tradición del, inicialmente sevillano y hoy universal, mito de Don Juan, sus ecos del histórico de Miguel Mañara, y la evolución al Convidado de Piedra, ferazmente y universalmente recogido en la literatura propia de estas fechas, el paso del hecho religioso y del acervo cultural a la actual y paganizada neoculturización hollywoodense no sería tan grande y bien merece que, como en la película Bienvenido, Mister Marshall, nos cuestionemos qué pueden realmente aportarnos a nosotros esos americanos.

Si, como he apuntado la calabaza iluminada sería la cara de Jack O'Lantern -quien, en la noche de Todos los Santos, invitó al Diablo a beber en su casa- y el sacrilego convite que, a partir las tradiciones del Convidado de Piedra y el personaje de don Juan, ha sido feraz y universalmente recogidos en la literatura, no vendrá mal hacer una incursión en la tradición literaria de Don Juan Tenorio y el Convidado de Piedra.

Es cierto que, entre Tirso de Molina, sacerdote de la contrarreforma y Zorrilla, poeta romántico, hayamos diferencias notables como el destino del protagonista, condenado en el siglo XVII y salvado por amor en el XIX. Pero, aunque se ha pretendido, no hay que ver en esta variante algo herético. Siendo tres las virtudes teologales, no hay que olvidar que la Fe se traduce en obras, como proclama la Iglesia en el Evangelio del 1 de noviembre - las bienaventuranzas- y que, en el fondo éstas se resumen en el amor a los demás y a Dios, que es Amor o Caridad. Así, en el Tenorio de Zorrilla encontramos la importancia del perdón y la posibilidad de llegar a conocer y amar a Dios a través de sus criaturas y, por este conocimiento, a la contrición: "No es, doña Inés, Satanás,/ quien pone este amor en mi:/ es Dios, que quiere por ti/ ganarme para él quizás".

Para comprender la obra de Tirso y, a partir de ella, acceder a la significación central de *Don Juan*, debe tenerse presente que El Burlador de Sevilla fue creado a la luz de la época barroca. Por lo tanto, la obra nos presenta las más importantes vicisitudes ocurridas en ese momento en España y en el convulso siglo XVII, el cual se desarrollaron encarnizados debates y guerras en torno algo tan esencial como la religión. La poesía y todo el arte de la época barroca se abren a la irrupción de lo humano, buscando a través de ese aspecto lo individual, lo Único. Así, la obra de arte debe ser considerada como el producto del alma del artista, teniendo en cuenta todas sus adoraciones, intenciones e intuiciones, sean éstas de orden humano, moral o religioso. Por ello interesa entender el sentido de la vida del hombre barroco, en la medida en que todas las dimensiones que lo rodean se proyectan en su creación.

El dramaturgo mercedario, como el hombre barroco, se ubica entre dos fuerzas o impulsos que lo mueven: Por un lado su ansia de lo infinito, avivada por la espiritualidad contrarreformista, y, por otro, su inclinación hacia lo terrenal y la concreta realidad que le rodea. Este doble impulso explica la doble tendencia presente en el Barroco a profundizar y espiritualizar todo lo sensible, al tiempo que hace sensible por medio de la alegoría todo lo espiritual. En ese momento, la Iglesia y la Fe católicas juegan un papel fundamental al reafirmar su misión y su sentido dentro del mundo europeo donde la Reforma protestante intenta desplazarlas. Y, como reacción a esta agresión, surge la Contrarreforma, entendida como la "autoafirmación de la Iglesia en su lucha contra el protestantismo, respondiendo al ataque que éste desencadena, con todas las armas a su alcance: políticas, apologéticas y de propaganda; entre estas últimas, con las que le proporcionan las artes figurativas del barroco". Por consiguiente, el arte barroco se constituirá en la expresión del contenido espiritual de la Contrarreforma, estableciéndose ésta como el pilar fundamental del siglo XVII. Así lo señala Werner Weisbach: "*Para los hombres del período histórico de la Reforma y la Contrarreforma el problema religioso se antepone a todos los demás. La revolución religiosa agita a todos los espíritus: política y pensamiento, doctrina y conducta, moral y arte se encuentran afectados por esta grave preocupación: la de la interpretación de la fe y el destino eterno del hombre*".

En este contexto, España se pone al frente de las otras naciones católicas en la lucha en contra del protestantismo, planteando una renovación del pensamiento escolástico y, por lo tanto, de una renovación de su filosofía (pensemos en la Escuela de Salamanca) que abordaría diversos aspectos, entre los que se encuentran los derechos y responsabilidades del Estado, de la sociedad, de los súbditos de la Iglesia y del hombre... El planteamiento principal de esta filosofía intenta compaginar tanto la nueva concepción del hombre renacentista como los descubrimientos geográficos, físicos, astronómicos, etc., con la dependencia del hombre con respecto a Dios, buscando, en consecuencia, la integración real de lo divino en los nuevos dominios y poderes humanos.

El principal problema religioso sería el concerniente a la dificultad de establecer una única postura frente al conflicto entre el libre albedrío y la predestinación. Y establecidas dos corrientes religiosas que influyen al hombre de ese momento: la Reforma protestante (año 1517) y la Contrarreforma (desarrollada por el Concilio de Trento entre los años 1545 y 1563) y es conveniente, recordar la suscitada "Controversia de auxiliis", tan presente en el mito de don Juan. Controversia a la que dan respuesta el teólogo Jesuita Español, P. Luis Molina y su escuela de pensamiento.

El molinismo trazará una línea clara de pensamiento. La acción humana está subordinada a la acción divina. Se pasa de hablar de Dios y el hombre, y de la gracia y la libertad a hablar de Dios por el hombre y de la gracia por la libertad como algo necesario para la buena acción. Si Dios hace al rosal el producir su rosa, la rosa está generada

enteramente por el rosal como causa segunda y enteramente por Dios como causa primera, por lo que Dios enriquece al rosal al hacer que florezca y, cuanto más intervenga, tanto más hermoso será el rosal, más fuerte la acción y la rosa más dilatada. De un modo análogo, Dios no sólo tiende al hombre Su mano sino que le da la libertad o facultad de cogerla y asirse a ella. Y, si bien hay muchas cosas que Dios hace sin el hombre, hay otras que Dios solo hace por medio de él. Aquí se recoge la enseñanza de San Agustín: “Dios que te ha creado sin ti, no te salvará sin ti”. Y, en virtud de ello, se esclarece la subordinación del hombre a Dios, porque toda la riqueza del hombre viene de Dios en tanto Causa primera, siendo la acción libre por entero del hombre como causa segunda, por entero de Dios como Causa primera.

Bajo esta luz cobran sentido pasajes del Tenorio como: 1) INÉS “Yo a Dios mi alma ofrecí/ en precio de tu alma impura,/ y Dios al ver la ternura/ con que te amaba mi afán,/ me dijo: Espera a don Juan/ en tu misma sepultura [...] Por el vela; mas si cruel/ te desprecia tu ternura,/ y en su torpeza y locura/ sigue con bárbaro afán,/ llévase tu alma don Juan/ de tu misma sepultura”; 2) ESTATUA: “Don Juan,/ un punto de contrición/ da a una alma la salvación,/ y ese punto aún te lo dan/ [...] Aprovechale con tiento,/ porque el plazo va a expirar,/ y las campanas doblando/ por tí están, y están cavando/ la fosa en que te han de echar”; o 3) Don Juan: “¡Aparta, piedra fingida!/ Suelta, suéltame esa mano,/ que aún queda el último grano/ en el reló de mi vida./ Suéltala, que si es verdad/ que un punto de contrición/ da a una alma la salvación/ de toda una eternidad,/ yo, Santo Dios, creo en Tí;/ si es mi maldad inaudita,/ tu piedad es infinita .../ ¡Señor, ten piedad de mí”.

Pero volviendo a Tirso y El burlador de Sevilla y Convidado de Piedra, si Fray Gabriel Téllez fue el primer dramaturgo en elaborar el tema nacional de Don Juan, figura emblemática del barroco español y del ansia nunca satisfecha de un pueblo, la literatura universal, después de Tirso, ha recurrido al tema en numerosas ocasiones y sentidos: el Don Juan romántico de Zorrilla, el Don Juan modernista de Valle-Inclán en Las galas del difunto, el Don Juan de Molière (1665), los de Mozart (libreto de Lorenzo Da Ponte [Praga, 1787]), Goldoni (1736), Lord Byron (1818 – 1823), Lenau (1844), Bernard Shaw (1903), Max Frisch (1953) o, entrado el siglo XXI Peter Handke (2004), José Saramago (2005), Andrzej Bart (2006) o Jesús Campos García y su *d.juan@simetrico.es* (*La burladora de Sevilla y el Tenorio del siglo XXI*) (2008), pueden ser variados y notables ejemplos de ello.

Mas Tirso de Molina no crea el mito, sino que recurre a fuentes arraigadas en algo tan tradicional y español como el romancero. Recuérdese que, en los últimos versos de El burlador de Sevilla y convidado de piedra, Batricio alude al título de un romance anónimo del siglo XV, muy conocido por el público en tiempos de Tirso: “Y nosotros/ con las nuestras, porque acabe/ <El Convidado de piedra>”.

De este romance se deriva la segunda parte del título bímembre de la obra de Tirso. Interesa, por lo tanto, examinarlo, y ya Ramón Menéndez Pidal destaca la deuda de la obra de Tirso de Molina con la literatura popular anterior. El tema del doble convite ya aparecía en España en cuentecillos en el Medioevo. Y, dado que he comenzado el artículo refiriéndome a la antigua leyenda irlandesa que narra como la calabaza iluminada sería la cara de Jack O'Lantern, puede ser oportuno volver a otra tierra también de toponimia y leyendas celtas, y, más concretamente, al Romance del Galán de Omaña, recogido por don Juan Menéndez Pidal, y “recitado por Josefa Fernández, vecina de Curueña, Riello (León), en 1889”, según M. Menéndez y Pelayo, quien lo incluyó en su Antología de Poetas Líricos Castellanos. Menéndez Pelayo, Said Armesto, Ramiro de Maeztu, Fernando Díaz-Plaja y otros prestigiosos escritores estudian y avalan la tesis de que el personaje literario de don Juan pudiera tener como antecedente al protagonista de

este romance, siendo Menéndez Pelayo el primero en poner de relieve la evidente relación entre el galán de Omaña y el Burlador de Sevilla.

En estas fechas en que -en contrapunto con las grotescas calabazas y demás insustancialidades del Halloween, que no son mistificación pagana y mendaz deificación de la estupidez que, como por ósmosis, nos contagia a través del celuloide- a los católicos que, movidos por la devoción a los difuntos, celebramos el primer día de noviembre la fiesta de Todos los Santos, como expresión del regocijo por la gloria de los Santos de la Iglesia triunfante, aquéllos que, gracias a la "Lumen Christi" cuyo encendido se renueva y agradece en cada vigilia Pascual, ya gozan del cielo; y, al día siguiente, Conmemoración de los Fieles Difuntos, ofrecemos oraciones y sufragios por la Iglesia purgante, puede ser un buen colofón reafirmar nuestras tradiciones, transcribiendo como texto de lectura y meditación el ancestral Romance anónimo del Galán de Omaña:

*Pa misa diba un galán - caminito de la iglesia
no diba por ir a misa - ni pa estar atento a ella,
que diba por ver las damas - las que van guapas y frescas.
En el medio del camino - encontró una calavera
mirárala muy mirada - y un gran puntapié le diera;
arregañaba los dientes - como si ella se riera.
Calavera, yo te brindo - esta noche a la mi fiesta.
No hagas burla, el caballero - mi palabra doy por prenda.
El galán todo a aturdido - para casa se volviera.
Todo el día anduvo triste - hasta que la noche llega:
de que la noche llegó - mandó disponer la cena.
Aun no comiera un bocado - cuando pican a la puerta.
Manda a un paje de los suyos - que saliese a ver quién era.
Dile, criado, a tu amo - que si del dicho se acuerda.
Dile que sí, mi criado - que entre pa ca norabuena.
Pusiérale silla de oro - su cuerpo sentara'n ella:
pone de muchas comidas - y de ninguna comiera.
No vengo por verte a ti - ni por comer de tu cena:
vengo a que vayas conmigo - a media noche a la iglesia.
A las doce de la noche - cantan los gallos afuera,
a las doce de la noche - van camino de la iglesia.
En la iglesia hay en el medio - una sepultura abierta.
Entra, entra, el caballero, - entra sin recelo'n ella:
dormirás aquí conmigo, - comerás de la mi cena
Yo aquí no me meteré, - no me ha dado Dios licencia.
Si no fuere porque hay Dios - y al nombre de Dios apelas
y por ese relicario - que sobre tu pecho cuelga,
aquí habías de entrar vivo - quisieras o no quisieras.
Vuélvete para tu casa, - villano y de mala tierra,
y otra vez que encuentres otra, - hácele la reverencia,
y rézale un paternóster, - y échala por la huesera;
así querrás que a ti t'hagan - cuando vayas desta tierra.*

PEDRO SÁEZ MARTÍNEZ DE UBAGO